

NOTAS DE ANTROPOLOGIA RELIGIOSA DEL BARROCO COLONIAL

LUIS ROJAS DONAT
Universidad del Bío-Bío

Con una herencia que cruza el océano, la vida colonial americana se haya penetrada, y aún, intrínsecamente saturada de representaciones religiosas en todos los aspectos. Son el Santísimo Cristo, la Virgen, los santos, la Fe, las supersticiones y los embrujos los que son puestos continuamente en relación con toda cosa o toda acción. Se advierte en todas las actividades humanas, un despliegue visible de íntima fe. Sin embargo, en este ambiente saturado no siempre se encuentra una vivencia de la fe de una manera fervorosa y apasionada, no se aprecia una tensión religiosa que impulse al fiel hacia la trascendencia, abandonando las dimensiones de su presente. Cuando esta intensa tensión interna que sacude a los hombres y que estimula las sensaciones de la presencia divina o de la pura superstición, se relaja y suelta atenuando ese abandono del más acá, la vivencia de la fe se anquilosa y petrifica, adoptando caracteres de simple vulgaridad, un gusto a veces obsesivo por la vida mundana. Hay, en efecto, un espacio bastante amplio para una contradicción que al hombre actual le es difícil de concebir en el grado que se manifiesta en esta época. Los hombres oscilan entre la fe y la incredulidad.

La vida del Barroco había exacerbado la sensibilidad religiosa de los hombres hasta el extremo que toda la existencia personal y colectiva, se concebía como una grande y espectacular escena de la historia sagrada del mundo. Cada minuto, cada hora, cada día de la vida mundana no estaba desconectada de su trascendencia que merece toda vivencia cristiana, como si en cada uno de los momentos de la vida, por insignificante que pareciera en su circunstancia, se decidiera el destino del porvenir, arrastrándole a cada cual, a una vorágine de desgracias y desvaríos, o a la exaltación etérea de la santidad. Todo ello había llevado a que en la vida de la Iglesia, desde antaño, se desarrollaran tal cantidad de usos y de conceptos, actitudes y gestos, que a más de algún grave teólogo causaba espanto y preocupación. Sin embargo, la vigilancia con que se miraba esta magnificencia de los usos y gestos que con afecto eran incorporados por esta sociedad ávida de percepciones sobrenaturales, no apuntaba tanto, como podría serlo hoy, a corregir el carácter supersticioso o meramente profano de aquellas, ni a conseguir una actitud sobria en lo exterior y profunda en lo interior, sino solamente a disminuir el sobrecargo de la fe que podía llevar a un ahogamiento de ésta en el universo de palabras, gestos, usos y costumbres.

Pero todas aquellas exterioridades eran nece-

sarias. Nuestro arraigado gusto por la sobriedad es una tendencia, diríase, contemporánea. La sociedad entonces, no respondía a gustos austeros ni se sensibilizaba con abstracciones. Necesitaba, por el contrario, la explosión de fuertes manifestaciones que no sólo la despertaran sino que la conmovieran y hasta le afectaran en los recónditos ámbitos de su corazón. Las emociones son para ellos, aquellas magnificentes exaltaciones de la pleniitud sentimental, a las que dan curso sin el menor intento de contenerlas, porque la auténtica pena, por ejemplo, no consiste en gemir sollozos callados, evitando ser oídos y menos visto. La pena es soltar el llanto con desgarradores gritos de dolor, gesticulando con las manos, llevándolas al rostro y recogiendo entre las rodillas, sintiendo que el sentimiento le coge hasta la histeria. Todo ello es una especie de *mise-en-scène* que los hombres integran y que no perciben concientemente.

En esta atmósfera hiper sensitiva, atiborrada de la necesidad permanente de seguridades, abundan por doquier los signos de la Gracia divina que imparten espacios de seguridad en un mundo cargado de las más variadas formas de temor: los sacramentos, administrados en los lugares más sorprendentes, otorgan la protección sobre ciertos ámbitos de la vida personal que se consideran amenazados. Junto a éstas, se ofrecían diversas bendiciones que marcaban el signo de la sacralidad allí donde lo profano acechaba con invadirlo todo; y es más, bendiciones incluso en aquellos momentos insignificantes que sin necesidad de ellas, se consideraban parte de un estilo cortesano y decente de conducta cotidiana.

Concebida la vida como una realidad mucho más rica que el presente inmediato y tangible, no faltaba la necesidad de aferrarse celosamente al amparo de las reliquias que conectaban al hombre con el sustrato supramundano de los elegidos, los santos y hombres piadosos. Toda esta mediación que implicaba la estrecha relación de confianza establecida entre la reliquia y el fiel, debía estar inserta dentro de los ámbitos de una fe concreta en un objeto simbólico, acicate para una vivencia más profunda de ésta. Pero el pueblo estaba lejos de situar en su justa medida el lugar que le cabe a las reliquias en la Teología. La frontera entre la reliquia, elemento religioso concreto, y la superstición no se la conocía cabalmente y ello explica que de las reliquias se haya pasado a los amuletos, práctica que se vio estimulada por la facilidad con que entraron las creencias animísticas de los negros en su contacto con la población doméstica de las haciendas. Los directores espirituales, absorbidos y empapados en este ambiente, les era difícil disuadir al pueblo que fundara su fe y su esperanza en todas esas cosas mágicas. Exceptuando este último aspecto, que corroía gravemente la fe, el problema se centraba en su carácter cuantitativo que en la dimensión cualitativa, es decir, en la proliferación

exagerada de usos y de conceptos que atosigaban la manifestación exterior de la fe, mientras que por otro lado, impedían el fortalecimiento de la riqueza interior.

La realidad se había vuelto tan espesa en esta sobresaturación de religiosidad, que de continuo la imaginación era estimulada hasta el extremo que pupulaban en la conciencia y en el sueño, las invenciones religiosas. Como verdaderas incrustaciones acuñadas por la fuerza, todas estas creaciones de la imaginación, exterioridades superficiales, contribuían a rebajar lo infinito y sobrenatural a una tangibilidad mundana, profanando los misterios más profundos de la religión, vulgarizándola. Aún así, poco se podía hacer por revertir esta tendencia, puesto que la misma Iglesia ponía toda su gama multicolor de festividades, prácticas, usos, etc., al servicio de la fantasía popular. Toda esta exhuberancia de irracionalidades hacía incomprendible las finas distinciones teológicas que ordenaba la Iglesia.

El peligro que se cernía sobre la religión era que la esfera de sobrenaturalidad y sacralidad imprescindibles en toda conciencia religiosa, terminara por disgregarse en un sin número de detalles que, concebidos dentro de un conjunto, integran coherentemente la religión, pero que generalmente percibidos por separados o aisladamente, atomizan el milagro que hay en toda vivencia de la fe. Dicha multiplicación a que propenden las prácticas religiosas, llevaba consigo otro germen negativo, cual era la tendencia a reducir todas las cosas santas a una vulgaridad. En ello, sin duda, se advierte todo un tratamiento muy poco deferente y respetuoso de lo sagrado, más bien se trata de una familiaridad que tiende a desacralizar todo aquello que huele a sagrado. Es una verdadera laicización de la esfera sagrada de toda persona. Ella parece provenir de esa vida tan empapada de religión en la que ya no puede distinguirse lo sagrado y lo profano. ¿Y dónde está el límite? Tal vez haya que encontrarlo en el auténtico y sincero sentimiento que se deposita en el corazón de cada persona. Sin embargo, ese es un ámbito personalísimo en el que el historiador, a tanta distancia de esos hombres, no puede adentrarse sin el alto riesgo de anticipar un juicio fundado en lo que las fuentes han querido decir.

Pero hay que volverlo a decir: tales profanaciones y desacralizaciones hechas toda ellas con una naturalidad que impresiona nuestra sensibilidad, no puede ser producto sino de una sobresaturación de religiosidad que impregna a toda esta sociedad. No podría afirmarse con rotunda convicción de que ello implique una sistemática irreligiosidad o una especie de libre-pensamiento carente de contenido religioso, a riesgo de un error de apreciación intolerable. Es que la vida del hombre colonial, se ha rodeado de una atmósfera religiosa mezclada indisolublemente con una vivencia inten-

sa de lo profano. El culto divino pasa a tener tanta familiaridad en la vida cotidiana, que las licencias y hasta las degeneraciones se unen con sorprendente contradicción. Ello no es óbice para que tengamos que atribuirle al ámbito profano una dimensión más allá de lo que le asignaba aquella sociedad. Estas mismas personas, hombres atados con toda la fuerza de la naturaleza a este mundo, podían ser cogidos súbitamente y sentirse elevados a una santa y no menos poderosa emoción al escuchar la fogosa palabra de un sacerdote.

Toda esta especie de contingencia de lo divino, este afán inconciente de traer con excesiva soltura a Dios a la tierra —por lo que la Iglesia debe estar continuamente en guardia—, conduce inevitablemente al hombre a desarrollar una sensibilidad casi epidérmica por el simbolismo religioso. En esta forma de existencia, toda realidad tangible y todo el universo visible de los sucesos y cosas terrenales, son interpretados y asimilados como manifestaciones simbólicas o prefiguraciones del ámbito divino.

La Iglesia, que no puede estar ajena a los derroteros de la cultura popular, se ve asimismo tocada en su desenvolvimiento cotidiano por un proceso de profanación que lo invade todo, despertando el peligro de ver disminuido y rebajado el lugar que le cabe a las manifestaciones de glorificación de la divinidad, al culto divino. La cultura religiosa del pueblo era una barrera insalvable para que éste pudiera determinar con justa medida cuándo se estaba en presencia de una auténtica revelación divina producto de una espontánea y sentida tensión religiosa, o frente a invenciones de charlatanes. Algunos, cogidos por una cándida credulidad desprovista del más mínimo espíritu crítico, tomaban por verdaderas emociones religiosas, cualquier expresión vertida en sueños, cualquier desvarío de enfermos o explosiones histéricas de los dementes. Otros, por su parte, en el extremo opuesto, acostumbraban a percibir y concebir la religión desde su apariencia exterior, cuyo trato con ella, con la rudeza de sus costumbres, era fuertemente vulgar y profano, rechazaban toda versión referente a visiones o revelaciones con carcajadas y burlas. Sin embargo, el pueblo, en general, tendía a no distinguir las diferencias entre unas y otras, optando por creer en todo aquello que tuviera cierto carácter profético, entregado preferentemente, por aquellos personajes desarraigados que aparecían de súbito en las plazas, videntes y adivinos, envueltos en una aurea misteriosa, sin pasado y sin futuro, a menudo con extrañas mercancías, tal vez traficando cosas prohibidas. Todo el pueblo desconfiaba de ellos, pero también, en un mundo ávido de noticias y de cosas maravillosas, resultaban atractivos. Desde muchos puntos de vista eran necesarios.

Toda sociedad es simbólica en la medida que utiliza prácticas simbólicas. La cultura colonial, arraigada con fuerza al simbolismo religioso, cen-

traba buena parte de su búsqueda de lo sobrenatural en imágenes concretas que fueran capaces de conectar este mundo con el otro. La forma en que desde antaño, se había venido desarrollando la vivencia de la fe, era a través de las imágenes, puesto que ellas le procuraban al hombre, rápidamente, una percepción visual y sentimental de la fe. La verdad de aquella, no requería ser demostrada intelectualmente, y menos podía llegar a comprenderse, el valor simbólico que había en aquella imagen venerada, algo así como lo verdadero de lo representado por ella. Se trata de una manera distinta de la forma racional de aprehender una realidad; consiste, tal vez, en una comprensión de tipo intuitivo que no requiere ni puede ser entendida por los mecanismos del pensamiento racional. La necesidad vital de religiosidad de aquella sensibilidad social, junto con su abigarrado apego a la realidad con aquella ansiedad de vivir una fe concreta, es que las imágenes cumplían entonces el papel indispensable de conducir sobre derroteros tangibles una fe, que no era concebida como una emoción etérea surgida de un ejercicio espiritual. El pueblo distaba mucho de una ascética tan abstracta, acaso entre algunos preclaros eclesiásticos podía verse tamaña vivencia; éste, más bien, vivificaba su vivencia religiosa con representaciones que se transformaban, por aquella vida espiritual sobresaturada de contenido religioso, en objetos de fe. Obviamente, este volcamiento a veces excesivo sobre determinadas imágenes —casi diríamos, un fetichismo— era peligroso para la fuerza y pureza de la fe, y la Iglesia, sospechosa y dubitativa sobre la conveniencia o inconveniencia de estimular este ímpetu, intentaba encauzar las voluntades y todas las energías religiosas para atraer más corazones. En este esfuerzo tendió a primar la actitud permisiva ante esas devociones concretadas en imágenes. Era natural que aquella fe fundada y alimentada sobre la base de las numerosas representaciones plásticas, no pudiera establecer con claridad las distinciones cualitativas que existen entre los diversos elementos que conforman la fe y, además, el grado de santidad que adquiere cada uno de ellos. No podría afirmarse que el espíritu religioso de aquella sociedad no estaba afinado en la médula de las emociones. Pero a la vez, éste se presentaba necesariamente amenazado de quedar sofocado por la prolífica aparición de imágenes y representaciones plásticas que consitaban el interés y la veneración del pueblo. La Iglesia, al acecho desde antaño, procuraba precaver del peligro a la enfervorizada feligresía del inminente olvido en que podía caer Dios, elemento central y finalidad última de toda adoración —pero abstracción al fin, que vivifica sólo con la fe—, respecto a la representación, objeto concreto y cercano, simbolizado en la mayoría de los casos a un santo.

Aunque a primera vista surja con más fuerza esta inclinación del pueblo a volcarse sobre rea-

lidades concretas o a reducir la fe y su manifestación en torno a imágenes visibles y, de algún modo aprehensibles, la verdad es que, como toda sociedad en todo momento, la exteriorización de los impulsos internos, se expresa con increíble contradictoriedad. A este verdadero practicismo de la fe, hay que adjuntarle una especial disposición a abstraer, a partir de situaciones concretas, un simbolismo que a veces, alcanza un grado casi metafísico. No es esto sino pura religiosidad, que carente de medianías, pareciera que no alcanza su tensión necesaria sino en ambos extremos del cuadro. Se vive venerando y casi adorando las figuras, las representaciones, los objetos, todos los cuales están cerca y pueden tocarse; pueden aquellos mismos transformarse de súbito en verdaderos organismos, con fuerza propia y aurea de santidad. Y es que la fe popular tiende a desbordar los canales propios de la Iglesia, porque en la vida religiosa de aquel tiempo —vida diaria y familiar, pues— se hallaban presentes con cotidiana familiaridad los santos, a través de los cuales fluía un rico tesoro religioso, expresión pura y sincera de las emociones más íntimas. No podía ser de otro modo, si la veneración de los santos surgía de entre los rincones más estrechos de la intimidad, ellos estaban de continuo presentes en medio de la vida personal y colectiva. Por esto es que sus figuras eran de suyo conocidas, como asimismo el pueblo sabía, veneraba y recurría a la fuerza de sus atributos tanto como, sabiendo el heroísmo de sus entregas, sus martirios y sus milagros, depositaba en ellos su confianza. Además, su intercesión sobrenatural era concebida como una suerte de concomitancia, particularmente, cuando se trataba de reivindicar ofensas e injurias inferidas. En este ambiente, los santos quedaban apoderados por toda la fantasía popular, y aquí se les incluía dentro de una pléyade de ángeles, diablos, damas blancas, espíritus de difuntos. Esta claro, desde tiempos inmemoriales del medievo europeo, los santos no han tenido solamente un lugar dentro de la pedagogía interna de la Iglesia, como si su radio de acción y eficacia estuviera circunscrito a lo eminentemente eclesiástico; se entremezclan con sorprendente naturalidad en la vida profana de los hombres, tomando un contacto tan estrecho con las vivencias, las sensaciones y las ansiedades de todos los hombres, que en este hacerse cotidiano van perdiendo la dignidad que la Iglesia rescata para ellos, pero en ello no hay una conciencia popular de estar rebajando lo supramundano de los santos; es más bien, una forma de apropiación que se cierne sobre cualquier elemento o esfera de seguridad, en una sociedad saturada de temores, porque desde el siglo XVI, los fantasmas de la brujería y el diablo han cogido desde sus cimientos a esta sociedad barroca. En esto, precisamente, radica el sentido benéfico que ha tenido para el pueblo la exaltada veneración de los san-

tos, esto es, que en esta atmósfera contaminada, desde el punto de vista religioso, éstos han tenido un efecto casi profiláctico, ya que las adhesiones fervientes iban acompañadas de continuo de los temores inherentes al santo y a la naturaleza de su santidad, lo que provocaba en los hombres un freno en las desviaciones y un verdadero sedante para las múltiples ansiedades insatisfechas.

En esta acendrada búsqueda de modelos y de seguridades, la conciencia popular tendía a confiar en la coayuda de los santos no sólo de un modo amplio y general, sino de una manera individualizada y específica, otorgándole a cada santo atributos específicos. La sorprendente familiaridad con que son solicitados cada uno de los santos para asuntos concretos hace inevitable que uno establezca un paragón, en cuanto esta forma tan típica de veneración tiene algo que ver con la farmacopea: para tal mal, tal medicamento. Así, la cercanía de los santos a auxiliar las debilidades, las necesidades y quién sabe qué otra cosa, tenía que, por la fuerza de la continuidad y la repetición, desviarse hacia un movimiento casi mecánico en la veneración. Adquirían, pues, por causa de aquella vivencia tan excesivamente cotidiana y familiar de lo sobrenatural, atributos de omnipotencia y un sin fin de poderes fantasmagóricos, especialmente notorios y amedrentadores cuando se hacía presente con inesperada espontaneidad.